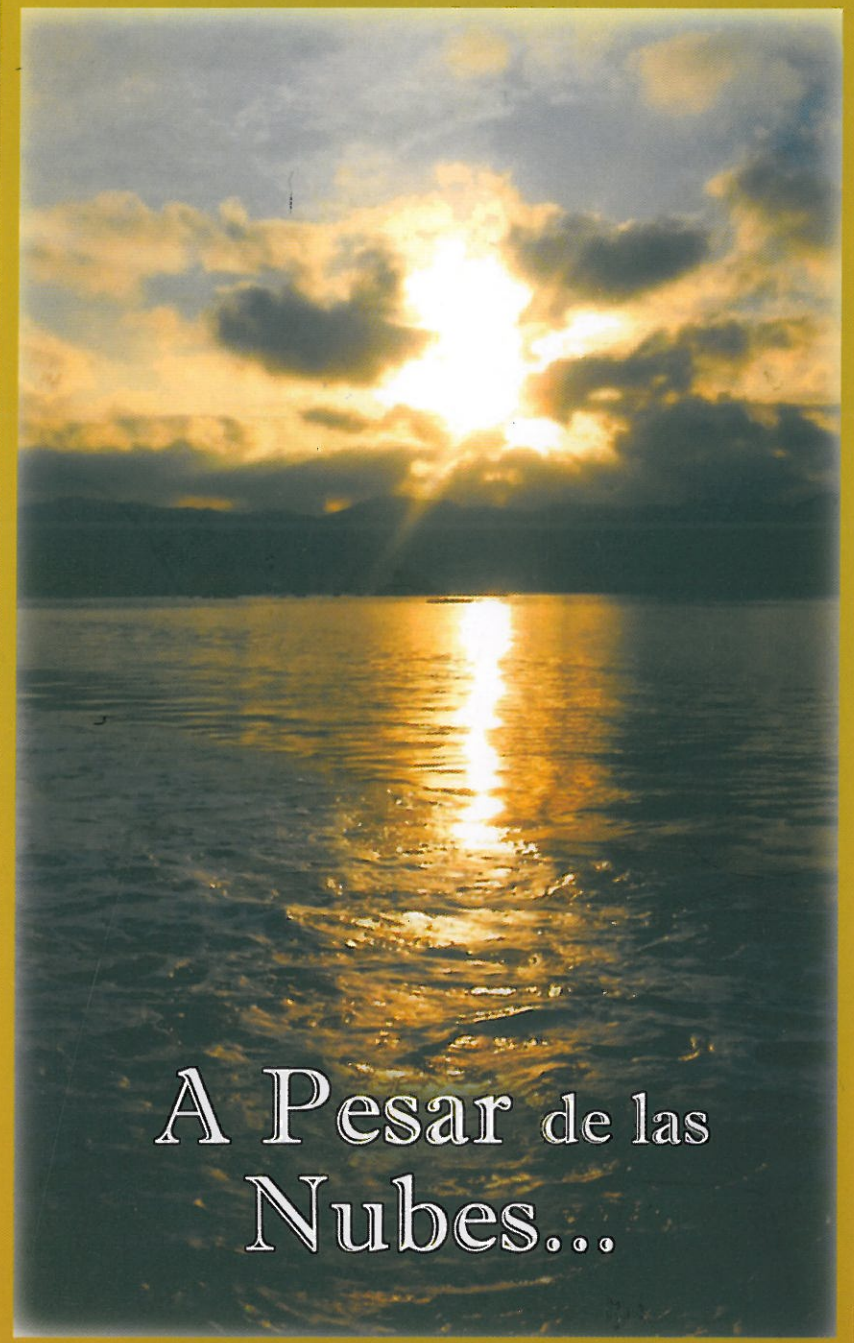




A Pesar de las
Nubes...

GUADALUPE LETICIA
GARCÍA GARCÍA



**A PESAR DE LAS NUBES...
EL SOL SIGUE BRILLANDO**

Guadalupe Leticia García García

© Derechos Reservados por García García Guadalupe Leticia

ISBN: 607-95408-0-7

Editado por Grupo Criminogenesis, S.A de C.V.

Tepeyac No. 129-1, Col. Industrial, Del. Gustavo A. Madero,

C.P. 07800, México D.F.

www.criminogenesis.com

Diseño: M-A Publicidad

www.ma-publicidad.com

Impreso en Talleres Wesley

Castellanos V, No. 256

Col. Educación

C.P. 04400, México, D.F.

El contenido de esta obra es responsabilidad del autor y no de la editorial. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular de los derechos, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*¿Cómo es que una enfermedad o una situación difícil cambian tu vida?
No necesariamente tiene que ser tan malo, busquemos ese sol que de momento no miramos a causa de “nuestras nubes”, pero que a pesar de todo está ahí y sigue brillando...*

A pesar de las nubes...

**A mis hijos,
Leticia María y José de Jesús**

**A PESAR DE LAS NUBES...
EL SOL SIGUE BRILLANDO.**

Me desmayé. Mi mejilla tocaba el piso frío del hospital. ¿A quién se le ocurre? Pero mi habitación era la última del pasillo, ahí sólo había dos camas cuando en las demás hay ocho, tal vez ese tipo de habitación la reservaban para la gente importante, no sé por qué yo fui a dar ahí. Pero me sentía mal, muy mareada, con náusea y con taquicardia y ninguna enfermera se había parado por ahí desde el cambio de turno, estaban ocupadas en las otras salas. Me levanté para ver si veía a alguien y hacerle la seña de que llamara a la enfermera, pero llegué al pasillo y ¡zás! caí cual larga soy. Es hermoso cuando te desmayas, tu cuerpo siente un abandono. Mi amiga Magdalena dice que el cuerpo es sabio, que te desmayas cuando hay una crisis y el cuerpo necesita un escape, un momento de paz. Sentí como en sueños que entre varias personas me levantaban, ¡pobres! Apenas me aguantaban, pero finalmente fui a dar otra vez a la cama.

Me acordé de aquella vez que iba en la calle y me resbalé en un desnivel de la acera y también caí completita, quedé boca abajo en el piso, reaccionando apenas en lo que había pasado cuando alguien me tomó por la cintura y me levantó como si yo fuera de papel, claro, un caballero muy fuerte y enorme (así lo vi), sólo me dejó de pie y se fue, no me acuerdo si le di las gracias. En ese momento pensé que así te ha de levantar Dios cuando estás caído, con un mínimo esfuerzo de su parte te pone otra vez de pie para que continúes "caminando". Entonces sí llegaron las enfermeras, ¡y todas! Buena táctica, aunque tal vez un poco intrépida.

-“La paciente se siente mal y no sabemos si podrá bajar al cateterismo”, informó la enfermera y en cinco minutos llegó un doctor para revisarme y ver si efectivamente la situación ameritaba la cancelación del cateterismo. Llevaba algunos días internada en el hospital esperando aquella programación, y justo cuando la hicieron, ya la iban a cancelar, por mi culpa, claro.

El doctor era guapísimo, de eso sí me acuerdo, las enfermeras estaban con la boca abierta.

Con toda la paciencia del mundo, me dijo:

-“Mira, sé que te sientes mal, pero si no te hacemos el estudio hoy, se reprogramará hasta la semana siguiente. El estudio no se alterará por los malestares que sientes, sólo será necesario que tu los sobrelleves mientras lo hacemos.”

Bueno, con doctores así, todos (perdón, todas) decimos que sí. Nunca volví a ver a ese doctor, ¡lástima!, he llegado a pensar que era un ángel. Me hicieron el estudio. Tal vez me sentí mal porque ya sabía de qué se trataba. Este era mi tercer cateterismo, pero en los otros yo era más joven y lógicamente aguantaba más. Llevaba en mente todas las técnicas que mis amiguitas me dieron para evadir el dolor. “Imagina un bosque muy bello, caminas entre los árboles, sientes el pasto en tus pies. Ves un río y en tu interior sabes que cuando cruces el río dejarás de sentir dolor, nada te dolerá.” ¡Chispas!

Quería “cruzar el río” y casi grito del dolor, un gigantón enfermero oprimía mi femoral para evitar que me desangrara, “no se preocupe madre, sólo oprimiré por quince minutos”, ¡Ah bueno! Menos mal... ¿y el río? Yo creo que se secó porque nunca pude cruzarlo. Bueno, tal vez a ti te sirva la técnica, inténtala cuando la necesites, no se pierde nada.

Estaba ahí por tercera ocasión, y también por tercera vez tendría que permanecer 24 horas inmóvil, también por lo del femoral. Yo recuerdo que antes eran doce horas, tal vez se les murió alguien y para asegurar, ahora son 24. La molestia del estudio yo siento que no es tanta, pero si no te dejan mover, sólo puedes estar en una sola posición (boca arriba), sin almohadas, durante 24 horas, es un poco más difícil. Mis compañeros varones de la sala de enfrente se la pasaban toda la noche quejándose, sí es molesto pero, como todo, transitorio. Usas tus “tácticas de consuelo”, yo uso mucho la de la meta inmediata, divido el tiempo y me propongo avanzar poco a poco. En esa ocasión, pensaba -“ya sólo faltan doce horas, ya sólo faltan seis, ya sólo falta

una... ¡Bravo!, ¡ya es tiempo!... Ahora viene el cambio de turno y te mandan decir que te esperes, y en cuanto tengan un tiempcito van a supervisar tu “movida”.

El primer paso ya estaba dado, ahora salir y esperar la programación para la operación. ¡Pero si yo ya había dicho que no! No quería operarme. De hecho, desde que el cardiólogo del hospital de especialidades me dijo que me iba a enviar a operación yo me negué, y de eso hacía ya algún tiempo. Sería la segunda operación a corazón abierto. La primera fue fuerte, pero no tanto, me la hicieron en Houston. Recuerdo que en esa ocasión pasar por la operación no fue tan dramático, yo tenía 26 años y en Estados Unidos los hospitales de ese tiempo (1980) eran muy diferentes a los de México. Lo único que me dolió exageradamente aquella vez, fue pagar la cuenta. Yo trabajaba en una empresa americana, tenía realmente poco trabajando ahí, a pesar de ser mujer me dieron la oportunidad de ocupar un puesto ejecutivo y en virtud de mi eficiencia me enviarían por cuenta de la compañía a que me operaran

en Houston. Yo, ingenua y feliz, firmé de recibido el cheque que me dieron para pagar el depósito de la operación. Me operaron y ya sabes, todo excelente, sus salas de terapia intensiva con lo mejor, y el enfermo sedado todo el tiempo para que no sienta dolores.

Regresé a México y a los treinta días tenía que enviar "el resto" del pago a Estados Unidos. Todo había estado bien, sí, pero bien caro. ¡Cuánto me querían mis jefes!, estaría en deuda con ellos por toda la vida. Yo lo pensaba figurativamente pero resultó que fue literalmente. Cuando hubo que hacer la liquidación de la factura, me dijeron que no lo harían, pero que además yo le debía a la empresa la cantidad de chorrocientos dólares (el dinero que me habían dado para el depósito) y que a partir de la siguiente quincena empezarían a descontarme del sueldo para pago del "préstamo". Alguna vez se lo reclamé al dueño de la empresa y él me dijo que debía agradecer que estuviera viva. Tal vez tenía razón, pero yo tenía mucho resentimiento. Con lo que costó la operación pude haber comprado una casa, y no precisamente de interés social, si lo ves

fríamente está bien, una casa bien vale tu vida, ¡claro!, cuando tienes el dinero, pero cuando no... ¡ya te imaginarás como fueron mis siguientes años!

La situación ahora era distinta, dice el dicho "No es lo mismo los tres mosqueteros que veinte años después". Bueno, eran 24 años después, ahora yo tenía 50 años, la operación sería en mi México lindo y querido, en el segundo mejor hospital del Seguro Social. Pero yo no quería estar ahí.

El cateterismo sólo había sido el inicio, y te ves ahí parado frente a la montaña, y ves todo lo que viene, estudios, pastillas, inyecciones, operación, dolor, angustia, todo apilado en la más alta montaña de tu mundo, y ahora sí, súbela. Si la vida es tuya, ¿por qué no puede uno mismo decidir respecto de ella? Yo decidí que no quería operarme, pero no contaba con la opinión de mi hijo. "¿Qué no nos quieres?" me dijo en tono de reclamo "¿no te importamos?" y bueno, pues ya estaba ahí, frente a mi "montaña". Si no me hubiera operado no podría estar escribiendo esto, no habrían pasado tantas cosas buenas que he

vivido, sólo sería un recuerdo en la mente de los que todavía me quieren.

- o -

Me operaron del corazón en el Hospital de la Raza en la Ciudad de México, uno de los hospitales más importantes y más saturados del Seguro Social, siempre con falta de camas, de medicamentos, la demanda es demasiada, los enfermos somos muchos. Después de estudios y más estudios finalmente tuve una fecha de programación para internarme y ser operada. La fecha fue el 20 de febrero de 2004. Mientras todo sucede, análisis, radiografías, no tomas conciencia de qué se trata. Cuando te dan una fecha empieza la angustia, en mi caso, y yo creo que en muchos casos, sabe uno a qué va, lo que viene no es nada agradable. La dualidad de sentimientos es muy común, por un lado el deseo de curarse, por otro el miedo a lo que viene, se quiere pero no se quiere. Finalmente, llegó la fecha, se presenta uno en piso, con su maletita que incluye una pijama, pantuflas, una toalla y efectos personales. Después de

dos horas de espera, salió la enfermera para indicar quiénes ingresarían y quiénes serían reprogramados. A mí me reprogramaron. La angustia de todos los días pasados se volvió frustración. Tanto sufrir ¿para qué? ¿Para que de nuevo den otra fecha y de nuevo a lo mismo? Yo me enfurecí, fui muy grosera con la enfermera. Aguantas tanto la respiración para hundirte en el agua que cuando ves que no hay agua, te quedas sin fuerzas, agotado... tanto para nada... te dan una nueva fecha y empiezas a contar los días de angustia que te faltan antes de regresar nuevamente. Mi condición física no me permitía ya moverme mucho, cualquier actividad me cansaba demasiado, así que me quedé en casa, pero en esa primera semana, después del 20 de febrero, recibí una llamada de mi hermana Lupita: mi mamá estaba internada en el hospital y se encontraba muy grave. Yo vivía en México y mi familia en Cuernavaca. Mi hijo me llevó a ver a mi mamá. Cuando llegué ya estaba entubada, con respirador, ya no la vi despierta. Pero hablé con ella, y mientras lo hacía, su presión arterial subió muchísimo, los números que se marcaban

en la pantalla ascendían rapidísimo. Hablé con ella y sé que me escuchó. Le pedí perdón y le dije que si había algo de lo cual ella considerara que yo debía perdonarla, la perdonaba. Cuatro horas después, ella murió. Fue un momento difícil. Ella tenía todos los achaques de una persona de su edad, pero no una enfermedad que supusiera su muerte. Fue algo intempestivo, un desmayo, una crisis y al día siguiente había muerto. Todos sabemos que esto es preferible a una larga agonía, pero la aceptación de la pérdida para los que nos quedamos toma más tiempo, es más difícil. Mi mamá había muerto. Murió un 23 de febrero, tan sólo tres días después de aquél en que no me ingresaron al hospital. Después de eso entendí, Dios sabe qué está haciendo, y Él nunca se equivoca. Si me hubieran ingresado no hubiera podido verla y estar con ella en ese último momento. Me enojé muchísimo cuando me reprogramaron. ¿Qué cosas o cuántas cosas necesito pasar para convencerme de que Dios me tiene presente y sabe que aquí estoy? Que soy importante para Él... Que sabe del más mínimo de mis deseos, que cuida de mí y

que lo que hace, aunque yo no lo perciba así, siempre es por mi bien... A partir de ahí, acepté todas las reprogramaciones sin protestar, me reprogramaron varias veces, de hecho ingresé al hospital hasta el 5 de mayo.

- o -

Después de cinco reprogramaciones, finalmente entré al hospital, y ahí estaba, esperando la programación para la operación. Los días pasaban sin tener la "ansiada fecha". El martirio psicológico se agudiza más cuando estás ahí, sólo esperando que llegue el momento. A pesar de que será algo espantoso (en términos de dolor físico), todo mundo quiere que ya suceda, "al mal paso darle prisa", o tal vez, "mientras más rápido me operen, me iré más rápido de aquí". Los estados de conciencia que tienes aquí son muy especiales. Se ha construido un mundo especialmente para ti. Los de "afuera" no tienen idea de lo que pasa dentro, pero ahí están, te visitan, te echan porras, te llueven los "échale ganas"... y todo está bien, claro, mientras no te operan.

Uno de esos días, cuando te duermes a fuerza de cansancio de no hacer nada, soñé con Dios, como lo había hecho siempre. Él sentado en un sillón y yo sentada en el piso, recargada en sus piernas. Y estábamos platicando del hospital, de las cosas que sucedían ahí, y yo pregunté "Oye, y ¿cuándo me van a operar?" Él contestó, "el 20 de mayo", ¿y en qué día cae?, en jueves, "Ah, mira, es bonito día". Desperté feliz, cuando llegó mi marido se lo comenté: ¿Qué crees? Me van a operar el 20 de mayo (era sábado y el 20 de mayo sería el jueves siguiente), también lo comenté con mis compañeras y bueno, creyeron que estaba loca ¿por qué sería?, pero para reforzar su hipótesis llegaron los médicos y dijeron que me operarían el 17. Resultó que mi compañera de cama reclamó el por qué me operarían primero a mí si ella había llegado antes, entonces cambiaron la programación para el 18. El 18 llegaron a decirme que hubo una emergencia y que me operarían el 19. Y finalmente no sé qué pasó pero dijeron que "Ahora sí me operarían el 21". Y la linda de yo pensé, "Bueno, seguramente Dios se equivocó". Yo desde luego, como

toda humana, daba por cierto que sería el 21, ¡¡¡Que Dios se había equivocado!!! Cómo puede ser posible tanta incredulidad, ¿por qué lo primero que pensé era que yo no pude haber hablado con Dios?, que ese sueño no existió y realmente era una de mis locuras, ¿por qué no me creí digna de que Dios respondiera mis preguntas? o peor aún, ¡que me respondiera con una mentira! Aún no logro entenderlo. Pero las cosas finalmente serían como Él lo había dicho, no podía ser de otra manera.

El jueves 20 me levanté temprano, me bañé inmediatamente para que no me ganaran el baño, por alguna razón me sentía feliz y estaba aplanando el piso caminando de extremo a extremo del pasillo de la sala del hospital cuando llegó un enfermero y me dijo:

-¡Rápido!, ¡la necesitamos en la sala de operaciones en quince minutos...!

-¿Qué? No, espere, a mí me operarán mañana.

-No, al paciente programado le subió mucho la presión y no lo podremos operar, la operarán a usted, ¡pero dese prisa! ¿Dónde están las enfermeras?

Eran las 9:10, apenas media hora después de que me había enterado que ese día me iban a operar y ya estaba en la camilla esperando entrar a la sala de operaciones. La hija de una paciente que estaba en la misma sala que yo, había accedido a hacerse pasar por mi familiar para que no me rechazaran en el quirófano, y ella misma localizó telefónicamente a mi esposo. Siempre hay alguien, siempre hay un ángel cerca cuando lo necesitas ¿te has dado cuenta de eso? Cuando estás en problemas siempre aparecen esos ángeles que Dios te envía para tenderte la mano y sacarte del problema en que estás. Doy gracias a Dios y también a esos ángeles.

En fin, ya estaba en el área de quirófanos, con todos los nervios del mundo, el camillero me había llevado demasiado aprisa, me había causado náusea. Los pensamientos se agolpaban en mi mente, no podía ni siquiera

rezar, no entendía cómo era que yo no había confiado en Dios, cómo mi naturaleza humana era tan débil para confiar más en los humanos que en mi mismo Creador.

La operación inició poco después de las nueve de la mañana y terminó a las cinco de la tarde. Ya sabes, nunca faltan las complicaciones. Y entonces, ahora sí me convertiría en una paciente adolorida.

Si el dolor pudiera definirse... si alguien pudiera realmente poner en palabras lo que estás sintiendo... tu mente se cierra a todo, se centra sólo en esa sensación espantosa, generalmente es temporal, generalmente es más fuerte en algunos momentos que en otros, algunos dolores son peores que otros, pero finalmente el dolor es el dolor. Es entonces cuando comprendes lo vulnerables que somos, cada vez que lo sientes tienes la impresión de que no soportarás nada más fuerte que eso, y ¡sorpresa! Resulta que tenemos un aguante para el dolor que nunca habíamos sospechado. Será porque no hay de otra, será que aprendemos a catalogar los dolores. Me da risa cuando alguien dice

que se siente terriblemente mal porque tiene gripa. Claro, en su universo la gripa significa malestar y también dolor, pero yo tampoco me puedo comparar con aquellos que tienen que sufrir las consecuencias de una quimioterapia, por ejemplo.

Existen decenas de teorías para explicar el dolor, que seguramente fueron escritas por aquellos a los que nunca les ha dolido nada. Qué difícil ver que los días pasan y nada cambia, qué difícil oír a los médicos hablar de mejoría cuando nos sentimos peor... ¡en fin! Qué difícil es vivir, vivir enfermo.

Vemos a la enfermedad siempre como una consecuencia... del alcoholismo, del exceso de trabajo, de la no prevención... se ve a la enfermedad como una especie de "pago" por aquello que hicimos mal. Un desequilibrio en nuestra salud causado por nosotros mismos. Hay quienes dicen que venimos a esta vida con un propósito especial, y cuando no logras realizar ese propósito, tu ser lo manifiesta con la enfermedad, o no necesariamente por un propósito asignado, pero si tú quieres hacer

algo que no concuerda con lo que estás viviendo realmente, esa no compatibilidad entre lo que quieres y lo que haces, te llevará necesariamente a expresarlo a través de una enfermedad. Tú qué crees, ¿será cierto?

Te cuento algo que me pasó. No dejo de sentirme culpable por ello. Cuando mi cuñada enfermó (ella vive en Estados Unidos) se quejaba conmigo de que tenía dolores terribles, y yo le decía: "Mira, concéntrate, cuando empiece el dolor, escapa de tu cuerpo, trasládalo en tu mente a otro lugar, mírate a ti misma en la cama, el dolor se adueña de tu cuerpo pero no de ti, tu puedes salir de él e irte a pasear, ve todo desde otra perspectiva". Y realmente eso era lo que yo hacía para controlar el dolor, cuando lo sentía tan fuerte, trataba de ignorarlo, estaba ahí, pero yo no lo pelaba, no era necesario. Es igual que cuando llegas al hospital, la primera aguja que te encajan te duele mucho, después, te acostumbras, parece que al que le están encajando agujas, sacando sangre, poniendo suero es a un costal de papas, a ti ya no te duele, todo entra en la diversión, no

lo puedes evitar y tienes de dos sopas, o te aguantas o te aguantas. Entonces te haces tolerante, tolerante al dolor, sin exagerar, ¡claro! Todo tiene límites.

Yo le daba estos consejos a mi cuñada (ella es monja). Curiosamente empezó a hacerme caso y me dijo que seguía mis consejos y se sentía mucho mejor. Pero resultó que de repente empezó a perder la conciencia. Supongo que su dolor era mucho o tal vez su frustración. Ella era superiora y tenía que atender a todas las monjitas que enfermaban de cáncer y morían allá. Cuando a ella le detectaron cáncer debió suponer que también moriría, así que según me dijo, seguía mis consejos para evadirse de la realidad. Después de las quimioterapias se recuperó pero su conciencia estaba en otro lado, cuando hablaba por teléfono con ella me platicaba que el FBI tenía intervenido el teléfono y me contaba increíbles historias de gánsters. ¿Tuve yo la culpa? ¿Evadió tanto la realidad del dolor que se quedó "fuera" de su realidad? Ahora ya está bien, afortunadamente la historia tuvo final feliz,

pero yo aún tengo la duda de si fui causante de la situación. Y es que el dolor te ciega, si lo dejas, se apodera de ti.

Yo no quería operarme por no pasar por esos dolores post-operatorios. Alguna de las enfermas le preguntó al doctor por qué tenía tantos dolores y él le respondió que era normal. "Imagínense, se abre su esternón con una sierra y abrimos, como si fuera un pollo, para llegar a donde está el corazón. Lógicamente, al abrir, las costillas se fracturan en varios lugares y lo que sienten son principalmente esos dolores, independientemente de los propios de la intervención en uno de sus órganos".

Primero la terapia intensiva y después la recuperación. De los recuerdos que tengo de cuando me llevaron a "piso" para recuperarme, es que había dos señoras en la sala, en espera de operación, que se la pasaban hablando todo el día de guisados y de sus recetas preferidas:

- "¿Y sabes cómo te queda mejor el adobo?,

ponle unas gotitas de limón cuando lo estés sazonando”.

—“Y ¿ya te sabes la receta del pollo al cacahuete?...”

Bueno, ¿qué no se podían callar? Uno muerto de hambre, a dieta de hospital, comida sin sal, poca cantidad, pero eso sí buena comida, (¡desde el punto de vista del doctor, claro!) Y estas mujeres encantadas charlando de todas las combinaciones culinarias que se les ocurrían. Y yo, todo lo que quería era ¡un taco de chicharrón con aguacate! No sé qué me pasó, antes no me gustaba demasiado el chicharrón, pero ahora yo quería un taco de chicharrón. Cerraba los ojos y me figuraba la gran mordida que le daba al taco imaginario. Hasta el deseo de la coca-cola había sido superado por el del chicharrón.

- o -

Cada paso que daba me dolía hasta el alma, pero era necesario, tenía que recuperarme y salir de aquél lugar, y desde luego, ir a comer

un taco de chicharrón. Hice todo lo que debía hacer para salir de ahí lo más pronto posible. Recuperarme era una prioridad. Finalmente salí del hospital, el ansiado día llegó en que me dieron de alta. Previamente mandaron a mi esposo a sacar una cita para revisión “final” y alta definitiva. Dieron la cita para el once de junio.

Cuando llegas a tu casa pareciera que llegas al puerto después de una larga travesía, sea como sea tu casa, rica, pobre, grande, chica, es tu casa, es tu medio, lo que has ansiado durante toda la estancia en el hospital. Qué sensación de éxito, piensas ¡lo logré!, estando ahí parece que estás en tu fortaleza, ya nada te puede pasar, ahí estás seguro. Recuerdo que todas las madrugadas en la casa, me despertaba un pájaro con un ruido extraño y yo me enojaba porque me despertaba, la modalidad del gallo ya no se usaba, ¡ahora era un pajarraco! Bueno, de nuevo en casa, el “canto” del pájaro en la madrugada me pareció bello y agradecí a Dios volver a oírlo. Y la verdad es que todo cambia de color, de olor, todo es más bello después de una

experiencia así, no hay de otra, tienes que pasar por ella, pero al regresar ¡todo es tan bello!, ves eso que antes no veías, hasta los muebles viejos se ven bonitos. Si alguna vez dudaste volver a ver a tu familia, tus cosas, tu cuarto, ahora no queda más que darle gracias a Dios por ello, gracias por la vida ¡a pesar del dolor!

La recuperación, igual que todas las recuperaciones, iba lenta, cuando uno es viejo ya no es tan fácil. Me admiran los niños que se recuperan de un día para otro y pareciera que fingen que no pasó nada. Pero eso de ser niña ya no se me da desde hace muchos, muchos años.

Estaba en cama, pero empecé a notar que mi lado derecho se dormía, ¡qué curioso!, se dormía exactamente la mitad. Como si trazaran una línea recta que atravesaba a lo largo mi nariz, mi cara y todo mi cuerpo, y el lado derecho se dormía, y duraba así algunos minutos, desaparecía, y al rato volvía.

No le di importancia, yo ya había pasado lo peor y seguramente aquello era por estar

tanto tiempo acostada, con el ejercicio desaparecería. Llegó el día 11 de junio en el cual yo tenía la cita en el Hospital para que me dieran de alta definitiva. El doctor con el que tenía la cita no se encontraba, andaba en un Congreso y nos mandaron al piso donde me operaron, cualquiera de los médicos de ahí me revisaría y me daría de alta. El médico me revisó y aparentemente todo estaba bien. Pero ya desde el elevador para ir al sexto piso mi lado derecho se empezaba a dormir y llegué al piso con mucha dificultad. Todo el tiempo que estuve frente al doctor tuve el lado derecho dormido. Ya cuando me iba, le dije al doctor que si podrían llamar a mi esposo porque no me podía levantar, tenía el lado derecho dormido, y a propósito, ojalá me pudiera recetar algo para quitarme ese adormecimiento que era cada vez más constante. El médico se puso serio y salió de la salita, después supe que había ido a informarse de si había camas disponibles. Lo único que dijo fue que iba a buscar al médico en jefe porque probablemente tendrían que ingresarme. Sentí una impotencia terrible, ¿otra vez al hospital? ¡Pero si acababa de

salir! No, eso no podría ser posible, si yo estaba bien, fuera del adormecimiento no tenía problema. Todo debía ser un error, cuando llegara el médico en jefe seguramente diría que no era para tanto. Me dejaron ahí, en una silla de ruedas y mandaron a mi marido a tramitar el ingreso. ¡No podía ser! Algo estaba mal, algo no era lógico. Sin embargo, todo era muy lógico. Nunca se me ocurrió pensar que aquello era síntoma de una embolia.

Hace poco uno de mis alumnos me dijo que él estaba de visita en el hospital cuando me dejaron en la silla de ruedas, que se acercó y platicó conmigo, pero que no le contesté, que sólo lo veía mientras yo lloraba. No lo recuerdo. Mi frustración fue tanta, que lloré y lloré. Me dejaron otra vez en una cama (¡sucedió lo que nunca! Ese día había tres camas libres...) y yo seguía llorando. Mi lado derecho seguía dormido, ya no podía hablar, ya no podía pensar... qué cosa tan rara, nunca imaginé que eso pudiera pasar, ¡que no pudieras pensar! ¿Cómo podría ser aquello? Una sensación de vacío, la nada. Y yo seguía llorando. Las enfermeras me

pedían que ya dejara de llorar, debo haber sido una molestia para todos.

Me tocó como compañera de cuarto una enferma que estaba esperando que le programaran su operación y que rezaba y rezaba y me decía que le ofreciera mis dolores a Dios, iba a las otras salas a invitar a todos a que fueran a rezar el rosario, y por la tarde lo rezaban. Yo sólo los oía, no podía hablar. Recuerdo que alguno de los visitantes que no sabía que yo no podía hablar me preguntó algo, quise hablar, quise contestar y me dolió la quijada, pero no salió ningún sonido, no pude. Y ¡claro, seguí llorando! Desde que llegué me dieron medicinas al por mayor, fue tanto el medicamento que me provocaron gastritis, y por lo mismo, me la pasaba vomitando. Llorando, con dolor, inmovilizada y vomitando. La señora que rezaba me decía las palabras que según ella me ayudarían.

Después del rosario, escuchábamos sus sermones hablando de la resignación y de todo lo que nos hablan cuando estamos postrados. En los días siguientes se llevaron a

la señora a operación, cuando llegó a terapia intensiva, que estaba en el mismo piso, sus gritos se oían hasta las salas, creo que lo más fuerte del sufrimiento le tocó a ella. Unos días más tarde murió, nunca salió de terapia intensiva. Claro, tenemos la imagen de Cristo crucificado y vemos su sufrimiento, pero seguramente Él, dondequiera que esté, ve el nuestro. Pienso en eso y concluyo que Él era Dios y por eso aguantó tanto, pero yo, en mi pobre humanidad, no tengo ese aguante y la enfermedad te causa dolor, físico y moral, te provoca angustia, incertidumbre. Y yo seguía llorando. ¿Por qué lloraba? Soy maestra, me dedico a dar clases, no podía pensar, pero algo sí estaba claro dentro de todo aquello, debía decir adiós a mi futuro. ¿Cuál sería mi futuro? ¿paralítica? ¿sin hablar? No, eso no podía ser posible, yo era maestra y tenía que dar clases, de otro modo no me interesaba vivir. Y por eso lloraba. Esa angustia, esa incertidumbre, ¿viviré? ¿me curaré? Qué difícil es... y los demás nos compadecen.

Uno, enojado con la vida, ¿por qué yo? ¿Por qué me pasa esto a mí? En ese momento no

entendía cómo siendo Dios un padre amoroso permitía aquello...

Pareciera que Dios se olvida por ratos de nosotros. Todo parecía la nada, nada se resolvía, nada se solucionaba. Mi mente estaba bloqueada, quería lucidez de pensamiento, quería poder expresar lo que sentía, la frustración de estar atada a una cama. Yo renegaba y decía que Dios ya me había olvidado, cuando en realidad, si no me hubiera internado y no me hubieran atendido tan a tiempo, me hubiera quedado paralizada. No era que Dios tuviera mala memoria, es que Él, como siempre, me tiene en la palma de su mano, me ama tanto que siempre está pendiente de lo que necesito. Soy yo la que no tengo paciencia, la que no confío en lo que Él ha planeado para mí, la que ingenuamente piensa que Dios ya la olvidó, cuando, en todo caso soy yo la que me olvido de Él.

A propósito, viene a mi mente un día de clases por la tarde, tal vez del año 2001, había que abrir los salones de clases para los alumnos. El edificio era el más nuevo de la Universidad,

de hecho nos prestaban los salones dos veces por semana. Éstos eran relativamente pequeños, para quince o veinte alumnos quizás, con mobiliario nuevo y en una de las paredes, de lado a lado un gran ventanal por el que se podía apreciar el jardín, en ese entonces lleno de flores. Lamentablemente esos ventanales sólo contaban con una pequeña ventila y no podían ser abiertos.

Uno de los salones casi al final del pasillo, estaba abierto, no era raro, pero me sorprendió ver a un pajarillo dentro, no supe cómo llegó ahí, seguramente por el pasillo o por alguna de las ventilas. Lo curioso del caso era que el animalito volaba por el salón y se lanzaba con todas sus fuerzas contra el ventanal, una y otra vez. No sabía cuánto tiempo llevaba haciendo eso, pero sí era seguro que si continuaba iba a terminar lastimado. Era lógico que se abalanzara contra el cristal, ahí estaba el jardín que era a donde él quería llegar; también, del otro lado estaba otra avecilla, muy parecida a la que estaba dentro, seguramente su pareja.

Traté de atraparlo pero no podía, el pequeño estaba muy asustado. De repente se detuvo frente al ventanal, no entendía cómo era que no podía pasar, traté de atraparlo y nuevamente fallé, y luego, otra vez lo mismo, contra el ventanal y caer para observar lo que había allí afuera. Lo único que se me ocurrió fue hablar con él, le dije que no tuviera miedo, que confiara en mí, que se dejara atrapar, que yo no podía hacerle daño. Pareció que me entendía, se quedó quieto y lo tomé en mis manos. Su corazón latía muy fuertemente, estaba agotado, el sudor lo había empapado. Salí del salón y lo rodeé para llegar al lugar que él veía desde adentro y lo solté. Se fue volando con el otro pajarillo.

Lo sucedido me conmovió. Lo sigo recordando y no puedo evitar pensar cuántas veces nos empecinamos en algo que parece estar al alcance de la mano, que es tan claro para nosotros que aparentemente no podemos equivocarnos. Y nos golpeamos una y otra vez contra el cristal, nos lastimamos y no entendemos por qué las cosas nos salen mal. No admitimos que la única forma de lograr lo

que queremos es decirle a Dios, "me tienes en tus manos, dependo de ti, ya no voy a agotarme, dejaré que Tú decidas por mí para llegar a donde yo quiero: **Confiaré en Ti**".

- o -

Hay reacciones tan distintas, querer morir, querer vivir. Prometer a cambio de la salud todas las cosas del mundo, como si Dios en algún momento no supiera qué está haciendo.

Hace rato te decía que te acostumbras a todo, pero en este "acostumbrarte" tiene mucho que ver tu actitud. Mi actitud en estos dos tiempos que te plático, primero el de la operación y después el de la embolia fue muy distinta. La operación se volvió algo "deseado", ya sabía lo que venía, ya había pasado por eso una vez y sabía todo lo que implicaba, pero también estaba segura que pasaría. Tienes la actitud de "aceptación" y eso hace que las inyecciones no duelan tanto, que veas todo como un proceso, como escalones que hay que subir para llegar a algo, para llegar a

tu salud. La segunda vez ni de casualidad había aceptado nada, renegué y renegué hasta que me cansé. Si opones resistencia todo duele más. También eran escalones, pero yo me empeñaba en ver hacia abajo en lugar de hacia arriba. ¿Contra quién era mi coraje? ¿Contra Dios? ¿Contra la vida? ¿Contra todos? Mis lágrimas de frustración reclamaban a Dios, a la vida.

¡Qué impotencia! ¡Qué frustración!... Y lo único que se nos ocurre es oponer resistencia. Y un día, ya sin fuerzas, ya sin lágrimas, pensando que ya sólo podía perder la vida, me abandoné a Dios, finalmente Él sabía lo que estaba haciendo. Tengo en un recorte de papel una frase que dice: Santo Tomás Moro nos dice: "nada puede pasarme que Dios no quiera... y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor". ¡Qué difícil de entender es esto cuando estás tirado en una cama! ¡Qué difícil cuando la angustia la sientes en la garganta y en lugar de palabras brota llanto!, pero, si ese once de junio yo no hubiera ido al hospital, si no me hubieran internado, si no me hubieran administrado

las dosis tan fuertes de medicamento, la embolia se hubiera declarado y hubiera sido irreversible.

Hasta que me abandoné, hasta que le dije a Dios que hiciera lo que Él quisiera, que yo lo aceptaba y lo aceptaba con todo, para vivir o morir, lo aceptaba. Yo creo que Dios me conoce y sabía que esa aceptación llevaba implícita una petición "si he de vivir, que no sea paralítica, por favor", como siempre, aceptamos "con reservas", como en el cuento de la cuerda, cuando el alpinista que está ascendiendo la montaña es sorprendido por la noche, se resbala y cae al abismo, siente el tirón de la cuerda a la que está atado y queda suspendido en el aire, en total oscuridad.

Pide a Dios ayuda y Dios le dice "corta la cuerda". La pregunta es, tú, ¿tú qué harías? ¿cortarías la cuerda? ¿qué tanto confías en Dios? Generalmente nos aferramos más a la cuerda. El cuento termina con el reporte del equipo de rescate donde se informa que encontraron a un alpinista muerto, congelado por el frío, colgando de una cuerda a tan sólo dos metros del suelo.

Dios no se equivoca, Él sabe lo que está haciendo, en el incidente de las Torres Gemelas, cuántas historias escuchamos de quienes no llegaron a tiempo a sus trabajos ese día, lo que les valió no estar en sus oficinas cuando los aviones se estrellaron contra los edificios. No hay casualidades, Dios sabe exactamente quién soy, cómo me llamo y lo que me acontece cada día. Debemos olvidar los desplantes de autosuficiencia, abandonarnos a Dios, saber, tener la seguridad de que Dios tiene conciencia de mí. Él sabe que existo porque Él me ha creado, sabe lo que hago y lo que necesito. Él tiene conciencia de mí, de eso no hay duda. La cuestión es ¿tengo yo conciencia de Él?

En mi caso, hasta que manifesté mi confianza en Dios vino la calma a mi alma, a mi mente. Todavía no podía hablar, pero pronunciaba palabras, lo malo era que yo quería decir vaso y decía mesa. No tenía coordinación mental. Empezaba a mover mi brazo derecho y así poco a poco, todo mi lado derecho. El tiempo que mi cuerpo estaba adormecido ya era menos, poco a poco recobré el habla, el

movimiento. Pero no tenía memoria, no sé cómo decirlo, sabía lo indispensable, pero los conocimientos para dar clases ya no los tenía.

Las clases iniciaban en agosto y estábamos terminando junio. Todo era cuestión de estudiar. En la escuela supieron sólo lo de la operación y cuando llegué estaba recuperada de la operación del corazón, nunca supieron lo de la embolia. Cuando empezaron las clases yo me sentía de lo más insegura, tenía que dar clases cuando un mes antes ni siquiera podía hablar. Otra vez la resistencia. Un día al frente del salón de clases me quedé con la mente en blanco. ¡Dios! ¿Y ahora? Pregunté, ¿de qué estábamos hablando? Me dijeron, pero no recordé nada. A la siguiente clase ya había preparado mi estrategia, ya llevaba lecturas, notas, si me quedaba en blanco, debía hacer que los alumnos leyeran o iniciar el tema emergente que llevaba por escrito. Y otra vez, poco a poco debía recuperar la confianza, ¡pero la confianza en Dios! Sólo Él podía hacer que yo me sintiera segura de mí misma. Inicié mi vida laboral, salí del

baché, finalmente todo fue temporal. Hoy es domingo, la última frase del evangelio según San Lucas que leyeron en la misa es: "El que empuña el arado y mira hacia atrás, no sirve..."

Hoy, debemos empuñar el arado, poner todo nuestro esfuerzo en empujarlo, pero hacia adelante y no miremos para nada hacia atrás. Lo pasado ya pasó. Si aún estás en la cama, tu esfuerzo es para levantarte de ahí, con la aceptación todo será más fácil. Con la confianza de que Dios está haciendo lo que es mejor para nosotros, todo es más fácil.

No opongas resistencia, si jalamos demasiado en sentido contrario podemos romper la liga y moriremos en la angustia y la desesperación. La muerte no debe ser eso. Inevitablemente, al hablar de esto, viene a mi mente la agonía de mi tía, fue una enfermedad muy larga, y cuando se agravó, tuvieron que ponerle suero, pero ella se arrancaba la aguja. Entonces la amarraron, estaba en una cama con barandales y amarraron sus manos a ellos. Ella se jaloneaba y se jaloneaba y cada vez se

lastimaba más. Sus muñecas ya estaban con marcas. Después le pusieron unos calcetines muy gruesos en sus manos para que las vendas no tocaran directamente su piel, pero fue igual. Mientras estaba sedada no había problema, pero cuando despertaba lo único que hacía era rebelarse, jalonearse, oponer resistencia... hasta que llegó la aceptación.

¿Qué se necesita para dar ese paso? La aceptación no es algo fácil si hablamos de enfermedades: cáncer, problemas del corazón, diabetes... Debemos dejar de jalar la liga, dejar de sentirnos víctimas, dejar de pensar "¿por qué a mí?", dar el gran salto y si acaso reflexionar "¿y por qué a mí no?".

- o -

Sabemos perfectamente que el peligro de morir, o mejor dicho, el tiempo de morir puede ser ahora. Nadie puede asegurarnos que la vida seguirá o cuánto más durará. Dure lo que dure, debemos empuñar el arado, sólo hacia delante, no tiene caso mirar hacia atrás, quizás se vale sólo para recordar a

quién pedir perdón. De cualquier modo, esa petición de perdón está en tu futuro, no en el pasado.

El problema es que eso de herir ¡se nos da tan fácilmente! Y no es que andemos con un puñal por la calle, es que lo hacemos con nuestras palabras, con nuestras actitudes... como siempre, tenemos muy presente lo que otros nos han hecho a nosotros, cómo nos han ofendido y herido nuestro corazón, ¿pero qué hay de mí? ¿Sigo con la idea de mi perfección? ¿O soy sólo un ser humano que reacciona y no siempre como debiera?

Es tiempo de olvidar el pasado, olvidar lo que nos han hecho, darnos el lujo, ahora que aún podemos, de perdonar. ¿Pero qué hay del daño que nosotros hemos hecho en el pasado? Es verdad que debemos iniciar nuestra nueva vida desde este momento, no volver la vista hacia atrás, pero... ¿Qué hay de aquellos a quienes ofendimos, a quienes dañamos? ¿qué hay de aquellas lágrimas que alguien derramó por nuestra culpa?

Hay una historia que cuenta que cada vez que te peleas o agredes a alguien, es como si clavaras un clavo en una cerca de madera.

Después, cuando te perdonan, puedes sacar ese clavo, pero el agujero queda ahí, la marca del clavo quedará aunque lo saquemos. Según la historia, es igual con las personas, cuando discutes con alguien o lo ofendes, le dejas una herida, no importa las veces que le pidas perdón, la herida permanecerá.

Estoy de acuerdo con la historia pero como primera parte. Afortunadamente hoy en día ya hay resanadores que puedes utilizar para rellenar esos "agujeros". Hay un "resanador" maravilloso que no dejará huella alguna y la "cerca" quedará como nueva. Ese "resanador" se llama amor, y ve, qué curioso, se necesita de un re-sanador para que podamos curar la ofensa que hicimos. La cantidad que se requerirá para sanar la herida puede variar, pero siempre, siempre, la herida cicatrizará, mis muestras de amor hacia la persona que ofendí, requerirán de un sentimiento genuino de humildad.

Quiero platicarte una experiencia personal:

En noviembre de 1985, a cinco años de haber sido operada por primera vez, tuve problemas con mi corazón; según me dijo el cardiólogo había agua entre el pericardio y el corazón, y en cualquier momento el corazón podría "ahogarse", e insistía en que ingresara al hospital donde él atendía. Pregunté si el estar internada ayudaría en algo y me dijo que podrían asistirme cuando llegara el momento. Me negué a ser internada. Si de todos modos me iba a morir, prefería que fuera en mi casa, y además, no teníamos el dinero para pagar un hospital particular.

Seguí el tratamiento que me mandó el doctor (20 inyecciones de penprocilina), pero finalmente sucedió lo que tenía que suceder. Ya era muy noche, probablemente estaba en lo más profundo del sueño. De repente escuché un ruido muy fuerte, como un viento que soplabá intensamente, lo escuché y lo sentí, pero era un viento que fluía de mí misma. De pronto el viento cesó, pero me había "jalado", yo estaba de pie, con una sensación

increíble. Me sentía flotar, libre, como si de pronto hubieran roto alguna cadena que me tenía atada. Después de disfrutar por un momento aquella sensación, reaccioné ¿qué estaba pasando? Podía ver mi cuerpo sobre la cama, parecía que todavía dormía. Hasta entonces entendí. Me angustió pensar que había muerto y mi esposo, dormido junto a mí, no se había dado cuenta. Instintivamente traté de moverlo, para que se despertara, pero mis manos se sumergían y atravesaban su cuerpo: realmente yo era un espíritu. Algo me hizo voltear a mi derecha, era una luz intensa, radiante que se iba acercando. Permanecí mirando esa luz y al mismo tiempo empecé a ver pasajes de mi vida, todos al mismo tiempo y cada uno a la vez. ¿Cómo era eso posible? Podía distinguir colores, acciones, palabras, todo perfectamente claro, pero en cada escena yo estaba haciendo daño a alguien. ¿Cómo pude haber hecho tanto daño durante mi vida? Aún cuando creí que había hecho una buena acción había dañado a una tercera persona o provoqué las lagrimas de alguien que me amaba. Todo el daño que había causado estaba allí.

¿Qué podría decirme aquella luz resplandeciente que se acercaba más y más al ver todo el mal que yo había hecho? Sentí pavor, un miedo infinito y hablé ¿cómo? Sin palabras. Era una especie de telepatía.

Desesperada dije “No por favor, por favor no, Dios mío, no quiero morir todavía, dame otra oportunidad”. En el mismo lenguaje, de la luz salió una voz profunda que únicamente dijo “No”. Yo insistí, “Por favor Dios mío, déjame regresar, te lo suplico”, nuevamente escuché “No”.

De pronto vi del lado izquierdo de aquella luz, otra luz pero más pequeña. Sin dejar pasar un segundo, y sin pensarlo exclamé: “Virgencita hermosa, por favor, intercede por mí, no quiero morir ahora”. Para mí que soy católica, la luz pequeña era la Virgen, para alguien cristiano, me imagino que sería Jesucristo, para alguien budista, sería Buda, no lo sé, yo lo pensé en automático.

Algo se habló entre las dos luces. Se volvió a escuchar el mismo “No”. Era un “no” firme, profundo, y sin embargo aquella luz no me

inspiraba miedo; lo que me tenía aterrada era la idea de morir y ser sentenciada por todo el mal que había hecho. No obstante, aquel "No" se había escuchado ya tres veces. A pesar de todo, mi esperanza estaba en aquella luz pequeña. Nuevamente la luz pequeña se comunicó con la grande, yo no sabía qué era lo que decía, pero estaba segura de que era algo relacionado conmigo y mi petición. Era como si la luz pequeña tuviera un argumento muy poderoso para que me fuera otorgado lo que yo había solicitado. De pronto sentí que la luz mayor accedió y ya no hubo palabras, reflexiones o sensaciones. Bruscamente fui lanzada a mi cuerpo, caí en él como haber caído a una cárcel: nuevamente sentí las cadenas que ataban a mi pobre humanidad.

A partir de ese momento, mi perspectiva de la vida cambió. Desde entonces he estado consciente de que el hecho de despertar cada mañana es un privilegio. Fue algo que me despertó a la vida, a la certeza de que Dios está conmigo en todo momento y en todo lugar, a la inmensa alegría de sentirme amada por Él, de atravesar circunstancias

en las que sólo hay una explicación posible: Dios está ahí, y lo sientes tan cerca que sólo hace falta tocarlo.

Desde entonces he pensado mucho. Cuando morí y vi mi vida, no vi las cosas buenas. Como si las buenas acciones hubieran sido borradas. A pesar de eso, creo que sí había hecho cosas buenas, pero ¿por qué no las vi? La explicación que me doy, es que hacer el bien es nuestra obligación en esta vida, a eso venimos, a hacer el bien sin esperar ninguna recompensa y sin informarlo a todo el mundo. Lo curioso del caso es que al hacer el bien, siempre pone Dios en nuestro camino a la persona que debemos ayudar y nos da los medios para hacerlo, morales o materiales, y a final de cuentas ¿qué mérito tenemos en eso? Simplemente es lo que Dios quiere que yo haga. Lo que Dios quiere de mí es que haga su voluntad. Lo que Dios quiere para mí es que yo sea feliz. Entonces, por lógica, hacer su voluntad, siempre me hará feliz.

No obstante, de lo que sí me pidieron cuentas fue del daño que ocasioné a los que estaban

en mi camino. No me preguntaron si fui o no a misa, si leí o no la Biblia, simplemente me presentaron todo el mal que había hecho y me pedían cuentas de ello, y era tanto, que sentí muchísimo miedo.

Como humanos no entendemos la dimensión del daño que causamos. Yo no la entendí hasta que lo percibí en otro plano. Vemos a Jesús crucificado y seguimos sin entender el daño que nosotros le causamos. Alguien más lo crucificó, alguien más, yo no.

- 0 -

Si la angustia, la incertidumbre y la desesperación pudieran medirse, sabríamos quién sufre más, el enfermo o aquellos que lo aman.

Cuando estás enfermo, tú sientes el dolor físico, sufres las curaciones, los estudios. Tu sabes hasta dónde llega ese dolor, si es soportable o no, cuándo y cuánto duele, pero ellos, tu familia, tus amigos no lo saben, ellos

sufren igual en cualquier momento al vernos en esa cama, ellos no comen porque hasta el apetito han perdido, ellos no duermen por velarnos o por estar en esas frías salas de espera... una enfermedad es un trance para todos, para el enfermo y para quienes lo aman... y no sabemos cuál de las dos partes pueda estar sufriendo más.

De repente todo gira alrededor tuyo, tu eres el centro del mundo, todos preocupados por ti, esos familiares que hacía años que no veías, ahora vienen a verte. Y tú, en tu camita de hospital, con miles de pensamientos, con todo el tiempo del mundo para no hacer nada e imaginarte todo: "¿Por qué vienen cuando estás tirado?" "¿Querrán venir a verte por si te mueres?" "Seguramente será para que ellos calmen su conciencia", o "¿será cierto el dicho de que en la cama y en la cárcel se conoce a los amigos?".

Si tienes quien te visite, eres afortunado, saca de tu mente los pensamientos negativos, vienen aquellos que están preocupados por ti, aunque los realmente preocupados nunca

se separarán de tu lado. Qué incómodo debe ser pasar la noche en una silla de la sala de espera o sobre un cartón en el suelo, cuando te dejan. Y sin embargo, hay quien lo hace por ti, ¡cuánto amor hay encerrado en esa personita que aguarda por si el doctor llama "¡al familiar!", ¡cuanta angustia esperando las seis horas para entrar quince minutos a la sala de terapia intensiva! Y yo estoy encerrado en mi caparazón de dolor físico, sin soportar siquiera el mínimo roce en mi cuerpo. Ahora soy el centro, la víctima. Pero no me doy cuenta de que soy objeto de tanto amor que si el ambiente tuviera colores, por el amor, todo sería resplandeciente, aún con lágrimas de dolor físico.

No olvides estos momentos, quienes te aman están aquí contigo, tal vez no a tu lado porque no los dejan pero están lo más cerca posible. Su cariño te ayudará a salir adelante, esto es temporal. Ellos, al igual que las enfermeras y los doctores, son los instrumentos de los cuales Dios se está valiendo para que recobres la salud. No los cuestiones, ellos son humanos, pero Dios actúa a través de ellos...

manifiesta tus síntomas, di qué te duele, pero no minimices, no humilles, da gracias a Dios por ellos.

Preguntarás ¿cómo es posible agradecer el estar tirado, con dolores, incomodidades, agujas en los brazos, por no mencionar todas las otras molestias?

Hay quienes están enfermos quizá con los mismos síntomas y dolores que tú tienes, pero no tienen la misma suerte, ellos no están siendo atendidos ¡y tú sí! En este hospital, público, privado o donde sea, estás siendo atendido ¡eres de los escogidos por Dios! Tienes el privilegio de poder ser curado. ¿Cuántos en tus mismas condiciones pueden decir lo mismo?

Sabemos lo que significa estar en un hospital, nuestra voluntad pudo ser tomada en cuenta o no, hay veces que "lo obvio no se pregunta" se trata de salvar la vida del papá, de la mamá, y nunca se hará la pregunta al enfermo de si quiere ir al hospital, aún más, cuántos hay que son llevados en contra de su voluntad...

En lo personal, yo no quería operarme. Desde la indicación del doctor hasta el reclamo de mi hijo, transcurrieron más de dos años. Durante dos años sólo el doctor sabía que tenía que operarme y que yo no quería. Me negué por miedo. Creo que es muy válida la elección, sólo los que hemos estado en un hospital sabemos qué es eso, sólo los que hemos pasado por una operación sabemos qué implica. Pero también debemos estar conscientes de que somos responsables de una vida, la nuestra. Perder la vida por una afección que pudo ser curada pero a cuya cura no accedimos por miedo, nos convierte en cobardes. Y en todo caso, no sé para qué se necesite más valentía, para aceptar un tratamiento que terminará algún día, o para aceptar la enfermedad que algún día terminará con tu vida.

- o -

Vamos saliendo de la enfermedad y aquí estamos, al inicio de un nuevo camino, ¡un sendero bellísimo! Nos hemos puesto unos lentes nuevos y la más pequeña flor

se despliega ante nuestros ojos en todo su esplendor... ¡todo está tan hermoso! ¡Y yo puedo recorrer ese camino! Investigar por qué Dios quiso que siguiera viviendo, es quizá porque como hijo consentido que soy, Él quiere que ahora sí sea feliz, que tome conciencia de lo que soy: parte de su misma esencia. ¿Tomaré el reto? ¿Qué vendrá ahora? ¿Me quedaré en mi silla de convaleciente y me convertiré en una carga para mi familia? ¡Sacudámonos la depresión, la autocompasión! ¡pobre de mí!, sí sufrí mucho, pero soy más afortunado que mi vecino de cama que murió. Hay una reflexión de Facundo Cabral que me encanta, la transcribo para ti:

Una bella reflexión...

*No estás deprimido, estás distraído...
distraído de la vida que te puebla,
Distraído de la vida que te rodea, delfines,
bosques, mares, montañas, ríos.
No caigas en lo que cayó tu hermano, que
sufre por un ser humano,*

*Cuando en el mundo hay cinco mil
seiscientos millones.
Además, no es tan malo vivir solo.
Yo la paso bien, decidiendo a cada instante*

lo que quiero hacer y
Gracias a la soledad me conozco...
algo fundamental para vivir.
No caigas en lo que cayó tu padre, que se
siente viejo porque tiene setenta años,
Olvidando que Moisés dirigía el éxodo a los
ochenta
Y Rubinstein interpretaba como nadie a
Chopin a los noventa,
Sólo por citar dos casos conocidos.
No estás deprimido, estás distraído.
Por eso crees que perdiste algo, lo que es
imposible, porque todo te fue dado.
No hiciste ni un solo pelo de tu cabeza, por
lo tanto no puedes ser dueño de nada.
Además, la vida no te quita cosas: te libera
de cosas... te alivia para que vuelas más
alto, para que alcances la plenitud.
De la cuna a la tumba es una escuela;
Por eso, lo que llamas problemas, son
lecciones.
No perdiste a nadie: El que murió,
simplemente se nos adelantó, porque para
allá vamos todos. Además, lo mejor de él,
el amor, sigue en tu corazón.
¿Quién podría decir que Jesús está
muerto?
No hay muerte... hay mudanza.
Y del otro lado te espera gente maravillosa:
Gandhi, Miguel Ángel, Whitman, San
Agustín, la Madre Teresa, tu abuelo y mi
madre, que creía que la pobreza está más
cerca del amor, porque el dinero nos distrae

con demasiadas cosas y nos aleja, porque
nos hace desconfiados.
Haz sólo lo que amas y serás feliz. El
que hace lo que ama, está benditamente
condenado al éxito, que llegará cuando
deba llegar, porque lo que debe ser, será y,
llegará naturalmente.
No hagas nada por obligación ni por
compromiso, sino por amor.
Entonces habrá plenitud y en esa plenitud
todo es posible y sin esfuerzo, porque te
mueve la fuerza natural de la vida, la que
me levantó cuando se cayó el avión con
mi mujer y mi hija, la que me mantuvo vivo
cuando los médicos me diagnosticaban
tres o cuatro meses de vida.
Dios te puso un ser humano a cargo y
eres tú mismo. A ti debes hacerte libre y
feliz. Después podrás compartir la vida
verdadera con los demás.

Recuerda a Jesús: "Amarás al prójimo
como a ti mismo" Reconcílate contigo,
ponte frente al espejo y piensa que esa
criatura que estás viendo es obra de Dios
y decide ahora mismo ser feliz, porque la
felicidad es una adquisición.
Además la felicidad no es un derecho,
sino un deber; porque si no eres feliz,
estás amargando a todo el barrio. Un solo
hombre que no tuvo ni talento ni valor para
vivir, mandó a matar a seis millones de
hermanos judíos.

Hay tantas cosas para gozar y nuestro paso por la tierra es tan corto, que sufrir es una pérdida de tiempo. Tenemos para gozar la nieve del invierno y las flores de la primavera, el chocolate de la Perusa, la baguette francesa, los tacos mexicanos, el vino chileno, los mares y los ríos, el fútbol de los brasileños, Las Mil y una Noches, la Divina Comedia, El Quijote, el Pedro Páramo, los boleros de Manzanero y las poesías de Whitman, la música de Mahler, Mozart, Chopin, Beethoven, las pinturas de Caravaggio, Rembrandt, Velázquez, Picasso y Tamayo, entre tantas maravillas. Y si tienes cáncer o sida, pueden pasar dos cosas y las dos son buenas:

Si te gana, te libera del cuerpo que es tan molesto (tengo hambre, tengo frío, tengo sueño, tengo ganas, tengo razón, tengo dudas...) y si le ganas, serás más humilde, más agradecido... por lo tanto, fácilmente feliz, libre del tremendo peso de la culpa, la responsabilidad y la vanidad, dispuesto a vivir cada instante profundamente, como debe ser.

No estás deprimido, estás desocupado. Ayuda al niño que te necesita, ese niño que será socio de tu hijo. Ayuda a los viejos y los jóvenes te ayudarán cuando lo seas.

Además, el servicio es una felicidad segura, como gozar de la naturaleza y cuidarla para el que vendrá. Da sin medida y te darán sin medida. Ama hasta convertirte en lo amado;

más aún, hasta convertirte en el mismísimo amor.

Y que no te confundan unos pocos homicidas y suicidas.

El bien es mayoría, pero no se nota porque es silencioso. Una bomba hace más ruido que una caricia, pero por cada bomba que destruye, hay millones de caricias que alimentan a la vida. Vale la pena, ¿verdad?

Si Dios tuviera un refrigerador, tendría tu foto pegada en él. Si él tuviera una cartera, tu foto estaría dentro de ella. Él te manda flores cada primavera. Él te manda un amanecer cada mañana. Cada vez que tú quieres hablar, Él te escucha. Él puede vivir en cualquier parte del universo, pero escogió tu corazón. Enfréntalo amigo, ¡Él está loco por ti!

Dios no te prometió días sin dolor, risa sin tristeza, sol sin lluvia, pero Él sí prometió fuerzas para cada día, consuelo para las lágrimas y luz para el camino.

Cuando la vida te presente mil razones para llorar, ¡ demuéstrole que tienes mil y una razones por las cuales sonreír!

Facundo Cabral

Puedo recorrer ese hermoso camino que me falta por conocer, en la medida de mis posibilidades, si no puedo salir, ¿por qué no aprender a manejar la computadora? ¿Por qué no navegar en Internet? ¿Por qué no leer los libros que siempre quise? Si tus ojos no te ayudan, léelos en la computadora, ponle al texto letra grandota... aprende... haz que tu mente se ejercite. Si puedes, haz el viaje que siempre has querido hacer, hay tantos lugares que no conocemos, ¡incluso en la ciudad donde vivimos!

Haz que la vida te inunde en todos los sentidos, acércate a tus amigos, a tu familia, olvida ofensas, rencores, lo que vale es que estamos vivos, pero más que eso, que ahora sí sabemos en toda su dimensión lo que vale la vida, el inmenso tesoro que poseemos, y lo insignificante de las trivialidades por las que alguna vez perdimos a un amigo.

Has visto el paisaje, cualquiera que sea, las montañas, el bosque, la playa, el campo, la ciudad... cualquiera que quieras, ¿lo has visto después de la lluvia? Aun sin sol, el agua

parece mágica, todo es más bello, como si lo ya de por sí hermoso lo pudiera ser más... Mientras llueve, es difícil ver qué hay más allá del agua que cae, pero cuando la lluvia pasa... cualquiera que sea el que ves, tiene una belleza especial, como si tuviera más vida, es más limpio, más cristalino...

Pues bien, de momento llueve, de momento tienes tu tormenta particular, de pronto Dios ha decidido que necesitas una "lavadita".

Llueve, sí, pero pronto, muy pronto verás el paisaje de tu vida más bello y transparente que nunca. ¿Alguna vez intentaste disfrutar la lluvia? Caminar bajo la lluvia, sin correr y sintiendo el agua en tu cuerpo, en tu cara... ¡Es padrísimo! Sólo que ahora, esta lluvia es diferente. ¿Se puede dar gracias por estar en este "aguacero"? Alguna vez me dijeron que hiciera una lista de todas aquellas cosas por las que debo dar gracias... ¡Dios mío! Puedo pensar, ver, oír, escuchar música, hablar, (y ¡hablar por teléfono!, es más... ¡tener un teléfono!), comer un chocolate, saborear un helado, tomar una coca-cola, escribir, amar,

vivir... Mi lista no tiene fin, ¿y la tuya? (en el buen sentido de la palabra, ¿eh?). No, ninguna lista es lo suficientemente completa para saber todo aquello por lo que tengo que dar gracias...

Es un mal momento, es cierto, pero es pasajero. ¡Vamos! ¡Cámbiate de lentes! Quítate los lentes oscuros y ponte unos con cristales rosas, azules, ¡del color que te haga sentir más feliz! Todo esto es un proceso... un proceso para que sanes... Todo es de acuerdo al cristal con que se mira, ¿por qué necesitamos llegar a estos extremos para cambiar de "lentes"? ¿por qué tiene que ser el sufrimiento lo que cambie nuestra actitud? Creo que en la mayoría de los casos, después de una enfermedad grave, sí cambiamos. Generalmente somos más tolerantes. El vernos tan cerca de la muerte (aunque sólo sea en nuestra imaginación) nos hace valorar todo lo que tenemos y lo que estamos haciendo con nuestra vida. La sensación que queda ahora, al salir de la enfermedad es que debemos hacer todo aquello que no hemos hecho hasta ahora, hablarle a aquella persona con la que nos enemistamos, invitarla

a tomar un café, hacer las paces... ir al mar, ir más seguido al parque, estudiar algo... ¿por qué no?

Me enoja el escuchar "ya estoy demasiado grande", ¡bueno!, ¿y...? ¿Cuántos años deben tenerse para considerarse demasiado grande? Cuando seguimos con nuestra "conformidad", haciendo cada día lo mismo, dependiendo de lo mismo, parece como aceptar que lo más próximo ¡es la muerte! ¡No te dejes morir en vida! ¡No dejes que la monotonía y la inutilidad se apoderen de ti!

Tomemos la enfermedad como un punto y aparte, demos vuelta a la hoja e iniciemos un nuevo capítulo de nuestra vida, ¡hagamos por fin, lo que nos gusta! Hagamos lo que hemos deseado por tanto tiempo, no lo que esperan los demás que hagamos...

Si tienes que trabajar, procura que sea un trabajo que disfrutes, el dinero no es tan importante cuando se trata de tu felicidad.

Quien sabe, igual y lo que dicen de que la enfermedad se manifiesta cuando tu yo

interno no está de acuerdo con lo que estás haciendo con tu vida, tenga un poco de cierto, ¿no crees? Además dicen que el dinero es sustituible, pero tu vida no. Ahora tienes vida, ¡eso vale más que el dinero! ¡Eres inmensamente rico!

Acuérdate, no es tu aptitud, sino tu actitud, lo que determina tu altitud, y yo lo mejoraría, no es tu enfermedad como limitación, sino los lentes que te pones, lo que determina el alcance de tu plenitud.

Dicen por ahí que la enfermedad no tiene cabida en una persona alegre, yo tengo mis dudas, no creo que pueda ser tan literal, más bien pienso que la actitud es muy distinta cuando estás alegre. Pero ¿por qué no hacemos la prueba? ¿Has leído alguna vez un libro de chistes? Hay algunos que son buenísimos, aunque tengo que confesar que no todos los entiendo. (Oye, pero por favor termina de leer este libro, aunque no sea de chistes, ¿sí?).

No estés encerrado en tu coraza de autocompasión, eso no te hace nada bien ni

te ayuda a mejorar tu salud. Allá afuera está el sol en todo su esplendor, la vida sigue fuera de esta habitación, haz todo para volver, ve todo como una bendición, ese suero del que te quejas contiene el medicamento para ayudarte, toma tus pastillas con gusto, ¡vamos! No es tan difícil, acuérdate, todos son medios para un solo fin... ¡sanarte!

- o -

¿Te has fijado que las puestas de sol son más bellas cuando hay nubes? ¿Por qué se dará ese extraño fenómeno? Cuando hay nubes en nuestras vidas un rayo de luz aparece haciendo el panorama grandioso, maravilloso. Ese rayo de luz que se cuele entre las nubes se ve más bello que el sol de medio día, y es que el sol de medio día está allá, como siempre, me he acostumbrado tanto a él que no percibo su belleza, al contrario, me quejo del calor. Hoy estoy aquí, dentro de cuatro paredes, el sol no da de lleno en mi cara, el ambiente se ve nublado, pero es ahora cuando el más pequeño rayo de luz luce radiante. Ese rayo de luz matiza las nubes

de colores, todo es hermoso, a pesar de las nubes, pero ¡precisamente por las nubes!

Ésa es nuestra situación ahora, el ambiente es nublado pero busquemos esos rayos de luz que hagan nuestro amanecer o nuestro atardecer, literalmente hablando, el más bello de todos, a pesar de las nubes. Lo más hermoso del amor de Dios, mi salud, estuvo allí, todos los días de mi vida y no lo aprecié en toda su magnitud, pero el sol sigue ahí, está detrás de las nubes, Dios está conmigo aún, nunca se ha ido, y éste debe ser el más hermoso amanecer o el más hermoso atardecer de mi vida, precisamente por eso, ¡porque tengo vida!

Antes de enfermarme me gustaban los atardeceres, y ahora prefiero los amaneceres, aunque es más difícil presenciar un amanecer que un atardecer. El atardecer es bellissimo, pero a esa preciosidad sigue la oscuridad, el sol ya no está, por eso ahora prefiero el amanecer, a esa total belleza que sólo dura unos instantes, sigue la luz total, sigue el reto de vivir el día con lo que sea que traiga con él,

al contemplar la perfección de un amanecer, no puedo hacer otra cosa que dar mi mejor esfuerzo para hacer lo mismo que toda la creación, dar gloria a Dios con mis actos, si Dios me regala salud, eso será lo que haga, vivir cada día, dar lo mejor de mí. Si los papeles se cambiaran, si yo fuera Dios y Dios fuera quien me pidiera salud, seguramente le preguntaría ¿para qué la quieres? ¿para ver televisión toda la tarde? ¿para pelear con los seres que te he puesto cerca? ¿para qué quieres la salud? Qué difícil ¿no?

La vida vale la pena vivirla, el ayer ya pasó, queda atrás, hemos recorrido el camino, no nos tomemos la molestia de ver el polvo que ha quedado en nuestros zapatos, mira sólo hacia delante, y en nuestras condiciones, estacionarse no se vale. La vida es más hermosa cuando hay salud, pero, ¿y qué si no la hay? Podemos adaptarnos a vivir con algunas limitaciones, mientras tengamos vida, el amor supremo está con nosotros, mientras tengamos vida podemos sentir el calor, cómo los brazos de Dios nos rodean y protegen, nos llenan de su amor... ¡qué

afortunados somos! Por eso me gusta el mar, para mí es lo más bello de la creación, cuando estoy en el mar, me siento abrazada, rodeada, inundada por Dios, ninguna parte de mí queda sin ser arropada por Él, aunque sé perfectamente la relación de tamaño, Dios es el océano, inmenso, bello, dador de vida, y yo, un pequeño grano de arena que se pierde de vista en la yema de mi dedo. Soy creación de Dios, y aún siendo tan insignificante como un grano de arena, soy su creación, formo parte de su energía divina, y así, siendo parte del flujo de la energía universal, mi cuerpo debe trabajar correctamente, sin dolor, sin cansancio. Por eso mi cuerpo debe restaurarse... ¿Sólo palabras bonitas?

Acuérdate de algo, nosotros mismos programamos nuestro cerebro, la explicación científica te la quedo a deber, pero lo podemos comprobar: cuando éramos niños siempre nos repitieron "si te mojas, te vas a enfermar", escuchamos el mensaje, lo procesamos, lo enviamos al cerebro, el cerebro "se lo creyó" y ¡lógico! Si te mojas... ¡te enfermas! ¿Por qué no reprogramar nuestro cerebro? Después

de tantos años de interpretar los mismos mensajes tal vez sea un poquito difícil, pero si me pienso como creación divina, con todo lo que ello implica: perfección, parte de la energía creadora del universo, mi cerebro dará esa orden a mi cuerpo y mis órganos trabajarán correctamente, en sintonía con mi mente. Dicen que la mente es muy poderosa ¿lo ponemos a prueba? Toma conciencia de lo que quieres y sólo piensa en ello, materialízalo en tu mente. ¿Te imaginas sano? ¿Te imaginas caminando? ¿Viajando? Eso va a suceder... ¡claro, si tú quieres que suceda!

- o -

Todos hemos deseado morir en algún momento de nuestras vidas. Hemos sentido tanto dolor por una traición, por la pérdida de un ser querido, por la noticia de una enfermedad incurable... Y sin embargo, seguimos vivos. Y aquí, aún en nuestra cama de enfermos, nos da miedo pensar en la muerte.

Todo tiene su momento. El momento de morir también llegará. ¿Cómo puedo amar la vida

y no sentir temor por la muerte? Es fácil, la muerte es una experiencia bellísima, salir de las ataduras de esta caja tan "sólida", tan adolorida... después del último suspiro viene la paz, la luz, la expansión, la plenitud... toda la luz viene a ti, eres uno con el universo, tu alma es libre por fin y la sensación de expansión es indescriptible. Sólo es transición, el cambio de una vida a otra, a una completa e ilimitada.

Mi primer infarto fue ocasionado por un trombo, algo que obstruyó la vena y de pronto ya no pude respirar, no supe cómo pero pude gritar y eso "destapó" la vena, realmente no fue una experiencia muy traumática. En el segundo las cosas fueron un tanto diferentes. Llevaba casi una semana con el dolor de pecho y de brazo, cada vez me sentí peor hasta que lo inevitable llegó: un segundo infarto; pero ahora no era nada que obstruyera una vena, ahora era el infarto en todo su esplendor.

Eran casi las ocho de la mañana, mi esposo ya había salido rumbo a su trabajo, yo estaba preparando a mi hija de 9 años para llevarla

a la escuela, y mi hijo, que entonces tenía 18 años, casualmente ese día no había ido a la escuela. Cuando sentí que la hora había llegado, le pedí a mi hijo que llevara a su hermana a la escuela y que se regresara lo más pronto que pudiera porque yo me sentía muy mal. La verdad, no quería que mi hija pequeña se espantara. En cuanto mi hijo cerró la puerta al salir, inició la crisis. El dolor se había agudizado, era fortísimo, era de hecho un malestar general, sabía que todo había terminado, empecé a vomitar y cuando la crisis pasó, "me desmayé". No sabía si estaba viva o muerta, mi mente estaba dentro de mi cuerpo pero yo no me podía mover. Recuerdo que empecé a oír a lo lejos el llanto de mi hijo y lo vi acurrucado en una esquina de la recámara, con la cara entre sus manos y llorando desesperado. Entonces me dirigí a Dios, mi oración fue una súplica al Creador, al dador de la vida, al Ser Supremo que en ese momento estaba tomando la mía.

Yo no podía irme mientras mi hijo estaba ahí solo y llorando desesperado. Mi oración fue humilde, la oración simple de una madre, y supongo que por eso fue oída.

Con mucho trabajo pude mover el dedo pequeño de mi mano derecha, pero cuando eso sucedió supe que estaba viva. Con mucha dificultad le hablé a mi hijo, le pedí que se calmara y que buscara ayuda. Trajo a un doctor que, al ver la situación, se fue a buscar más ayuda y regresó con un doctor más y con aparatos para tomarme electrocardiogramas.

Un dato que llamó mi atención fue que cuando tomaron mi temperatura, era de treinta y cuatro grados. No había mucho que decir. Para entonces mi esposo ya había llegado, el doctor le dijo que le recomendaba que me internara en alguna institución a fin de que el trámite para el acta de defunción no fuera muy problemático, que él calculaba que yo duraría viva unas tres horas más.

Han pasado once años desde que me diagnosticaron "tres horas de vida", los médicos, como ya te comenté, son instrumentos de Dios pero, finalmente, quien decide será siempre Él. A partir de esas fechas he logrado hacer muchas cosas, cosas de las que nunca me creí capaz, soy más vieja,

claro, pero creo que he crecido intelectual y espiritualmente, me he arrepentido de no "haberme ido" cuando pude hacerlo, pero estoy convencida de que Dios tenía otro plan para mí y ,además, tenía algo pendiente por hacer: ¡ser feliz!

Puedo decirte que la muerte es algo bello, abandonar la envoltura que pesa tanto es sentir libertad, plenitud. Dicen que cuando naces, estás llorando y todos sonríen y cuando mueres, todos lloran y tú sonríes. Y se sonríe porque es algo hermoso. Tal vez nacemos llorando porque sabemos a qué venimos. Tal vez morimos sonriendo porque sabemos a qué vamos.

Recuerda, todo es cuestión de actitud, puedo ver el más hermoso atardecer y estar pensando que se me hace tarde o que tengo frío, puedo ver las pirámides de Chichen Itzá y pensar que son sólo un montón de piedras, puedo ver a la enfermera que viene con su equipo para inyectarme y recordarle mentalmente a su familia, cuando, en realidad, ¡lo que ella haga ayudará a sanarme! Todo es cuestión de actitud...

- o -

Soy Leticia, tengo 53 años, mi vida ha sido una eterna combinación de salud y enfermedad, de caer y levantarme, de retos y metas cumplidas. He pasado por tres cateterismos, dos operaciones a corazón abierto, tres infartos, una embolia y dos muertes clínicas, y estoy aquí, frente a la computadora tratando de hacerte sentir lo que siento, tratando que comprendas, desde lo más profundo de tu corazón, ¡lo maravilloso que es estar vivos!

Esta edición consta de 2,000 ejemplares,
impresos en los talleres de Wesley Impresores
México, D.F.

*¿Cómo es que una enfermedad
o una situación difícil
cambian tu vida?*

*No necesariamente tiene que ser
tan malo. Busquemos ese sol que
de momento no miramos a causa
de "nuestras nubes",
pero a pesar de todo, está allí, y
sigue brillando...*

ISBN: 978-607-95408-0-7



001